



PROGRAMA 6

En el siguiente par de conciertos, correspondientes al PROGRAMA 6 de la Primera Temporada de 2016, la OFUNAM continua la idea musical que ha tenido esta temporada de presentar en diversos programas la obra concertante de SERGEI RAJMANINOV y todas las sinfonías de JOHANNES BRAHMS, uniendo en un mismo programa las obras de ambos compositores con la misma numeración, aunque no fueron interpretadas en una estricta cronología.

Ahora es el turno de las primeras experiencias de cada compositor en el género respectivo: el **Concierto núm. 1 para piano y orquesta** de RAJMANINOV y la **Sinfonía núm. 1** de BRAHMS

RAJMANINOV

Cuando compuso su **Primer concierto para piano** y su **Primera Sinfonía**, nada hacía sospechar al gran compositor ruso el resultado público que tendrían estas obras, ambas rechazadas de una u otra manera, especialmente la sinfonía, lo cual provocó en el compositor un serio padecimiento psicológico que lo hundió en la depresión y la pérdida de confianza en su capacidad creativa.

Siendo un virtuoso sin par del instrumento, desde el principio de su temprana carrera como pianista (que era como él consideraba su carrera profesional en la música), Rajmaninov componía para su propio uso en los cada vez más numerosos conciertos que ofrecía, incluyendo algunas obras de música de cámara. Además tuvo la inspiración de combinar en su música las melodías más bellas e inspiradas, presentándolas con las más arduas dificultades técnicas de interpretación y exigentes de un virtuosismo pianístico que Rajmáninov sabía que, entre sus contemporáneos, muy pocos músicos podían superarlo como él mismo hacía. Aunque predominaba la música para piano solo, pronto le llegó el turno a su **Concierto núm. 1 para piano y orquesta**, el cual fue terminado cuando el autor sólo tenía 18 años; dos años, después en 1892, él mismo estrenó como solista el primer movimiento, en un concierto estudiantil en el Conservatorio de Moscú; sólo hasta 1899, pudo estrenar la obra integral en Londres, sin obtener un resultado ideal entre la crítica y el público. Ya en 1897 la Sinfonía núm. 1 había sido incomprensible en medio de un frustrante estreno, dirigido por el también compositor Alexander Glazunov, quien, además de no haber estudiado la sinfonía, intentó dirigirla en total estado de embriaguez. En cualquier caso, la feroces críticas fueron dirigidas al compositor.

Es evidente que, tiempo después y habiendo pasado por un largo periodo de psicoanálisis que incluyó nada menos que sesiones de hipnotismo, el Segundo Concierto marcó un parte aguas en su vida y su carrera, no sólo por la excepcional popularidad que adquirió la obra, sino porque también representó cambios importantes de estilo y madurez creativa. Lo mismo sucedió con su Segunda Sinfonía, una de sus obras cumbres y un portentoso ejemplo del género. Sin embargo, hoy podemos escucharlas con toda objetividad y confirmamos que, con un genio creativo desbordado, que solo su traumática experiencia había podido detener, las primeras obras de Rajmaninov en ambos géneros no son obras menores en ningún aspecto.

El **Primer Concierto para piano** podemos ubicarlo en el contexto de la música de los compositores rusos de su tiempo, como Chaikovski y Rimski-Korsakov, pero también es muy factible que uno de sus modelos para esta obra haya sido el único concierto para piano que compuso Edvard Grieg. Sin embargo, es indudable que Rajmaninov tuvo, desde su temprana juventud, un estilo musical personal al que sólo le faltaba desarrollarse y profundizarse con el tiempo. Posteriormente, la obra fue revisada por el compositor y la transformó en pequeños detalles, pero sin quitar ni agregar ninguno de sus temas.

El Concierto comienza con gran ímpetu, tanto orquestal como pianístico (a diferencia de los dos magnos sucesores, más poderosos y profundos como obras) pero después de la introducción aparece el Rajmaninov contemplativo y apasionado que tanto gusta en la mayor parte de su música; el tema central principal de este movimiento tiene todo el espíritu nostálgico del más grande Rajmaninov, y nos preguntarnos por qué este Concierto no alcanzó la popularidad que gozan sus sucesores Segundo y Tercero. Este carácter de temas de excepcional belleza alcanza su plenitud en el segundo movimiento, un poético nocturno de absoluta maestría, antes de concluir la obra con un movimiento final lleno de brillo y espectacular virtuosismo que, una vez más de acuerdo a su estilo que sería habitual, ofrece un tema inolvidable de gran belleza melódica. En serio, con esos temas prodigiosos de la inventiva de Rajmáninov, ¿por qué no es más popular este concierto?

Si bien este concierto para piano aun no alcanza el apasionado carácter musical y la complejidad de desarrollo de sus dos siguientes obras del género, que además, son los más populares, el **Concierto para piano núm. 1** es una obra plena de fresca juvenil (no olvidemos la edad del autor) pero ya posee la maravillosa inspiración melódica que será, desde entonces, una característica ineludible de Rajmaninov. Tan acostumbrados como estamos a las reiteradas interpretaciones y grabaciones del Segundo y del Tercer Concierto para piano (así como su también magistral *Rapsodia sobre un tema de Paganini*), es todo un acontecimiento que podamos escuchar con la OFUNAM y el pianista norteamericano de origen jalisciense, GUSTAVO ROMERO, la primera gran obra concertante de este compositor favorito de muchos.

LA “PRIMERA” DE BRAHMS

Ya se ha contado varias veces la anécdota biográfica de JOHANNES BRAHMS que, por su admiración a Ludwig van Beethoven y la certeza de que sería imposible igualar, mucho menos superar, el logro de ese compositor en sus sinfonías, retrasó Brahms por muchos años el momento de abordar este género por excelencia de la música orquestal.

Brahms (el compositor que nunca maduró, pues desde su primera obra tuvo el más alto grado de madurez) fue un creador altamente prolífico, autor de numerosas obras en casi todos los géneros habituales de la música, excepto la ópera -género que nunca pareció interesarle-. Ya en un momento algo tardío de su vida, si lo comparamos con otros músicos, comenzó a componer algunas obras orquestales o corales con orquesta, que para él representaban ejercicios de creación previos a la siempre postergada sinfonía. Como era inevitable en este genio, todas fueron obras maestras como su monumental Primer Concierto para piano –para muchos su verdadero primer intento de gran sinfonía- sus dos Serenatas y oberturas, así como la compleja y extraordinaria *Variaciones sobre un tema de Haydn*, que la OFUNAM también interpretó esta temporada.

Brahms tenía 43 años cuando finalmente terminó y estrenó su **Primera Sinfonía**, obra que, de todas maneras, le tomó más de 20 años desarrollarla, desde que hizo los primeros bosquejos para la obra hasta que, finalmente, descubrió qué deseaba hacer con sus maravillosos materiales musicales y cómo darle forma a una sinfonía que no desmereciera de las grandes obras de Beethoven. Y vaya que escribió una obra entre las más relevantes del género, con todo y un evidente homenaje a su admirado antepasado, pues uno de los temas del cuarto movimiento de la Sinfonía incluye una evocación de uno de los famosos temas beethovenianos. A partir de esta original sinfonía, Brahms se convirtió en otro de los grandes sinfonistas del siglo XIX, por supuesto, junto con Anton Bruckner (otro músico de proverbial timidez y poca autoestima, quien, a diferencia de Brahms, expresó su asumida incapacidad de poder igualar a Beethoven creando sinfonías-homenajes que consideraba obras de menores méritos, sin captar la trascendencia monumental que surgía de su inspiración). Los tres grandes creadores, Beethoven, Brahms y Bruckner, fueron quienes pusieron en alto el nivel de la sinfonía como género, pues el resto de los compositores del siglo XIX eligieron otros géneros para desarrollar su música, como Chopin y Liszt en el piano y Wagner a través de la ópera, o crearon sinfonías, meritorias pero de un nivel menor al de las sinfonías de estos tres grandes de ese siglo.

La **Sinfonía No. 1 en do menor opus 68** de JOHANNES BRAHMS es ante todo una sinfonía muy original, que no se parece en nada a las sinfonías de Beethoven ni a las otras sinfonías de sus colegas “contemporáneos” del siglo XIX. Es una obra que posee el estilo y el lenguaje, además del uso orquestal del compositor y que no intenta hacer descripciones pictóricas o ni de contenidos literarios, sino sólo desarrollar las formas clásicas de la sinfonía, pero con un lenguaje y una pasión totalmente llenos del espíritu del Romanticismo. Así, el primer movimiento es un intenso y agitado

intento de forma sonata muy compleja, de indudable dramatismo que encontrará la solución (¿la victoria?) en el heroico y esplendoroso movimiento final –homenaje indudable a la Quinta sinfonía de Beethoven.

Como sería costumbre en sus sinfonías, el segundo movimiento es un reposado andante, con cierta melancolía ya usual en el segundo tiempo de casi todas las obras de cámara o pianísticas de Brahms, aunque nunca llegando a los excesos de otros compositores románticos. El tercer movimiento nunca pretendería llegar a ser un típico scherzo beethoveniano, sino que propositivamente, Brahms hará de este movimiento un idílico momento pastoral.

El movimiento final no puede ser más grandioso en su extensión, en la compleja pero siempre bella elaboración de sus temas y sobre todo en sus dos momentos cumbres: el prodigioso y solemne coral que enuncian los cornos y la flauta en un pasaje irrepetible de la historia de la música, gran tema lleno de solemnidad marcial que recuerda el tema de la Novena Sinfonía de Beethoven y, que adquiere la mayor grandeza en el desarrollo final, que se convierte en un himno de victoria, lleno de luz y grandeza, un triunfo indudable contra la lucha, no importa sus motivos, que la obra estableció desde el primer movimiento. También uno de los finales más impetuosos del compositor.

UNA RAPSODIA DE LISZT

Franz Liszt es, para muchos, el más representativo de los compositores húngaros, aunque su vida no transcurrió, precisamente y en su mayor parte, en su país natal. Después de vivir su adolescencia y primera juventud en París y después de muchos de recorrer buena parte del mundo (europeo, claro) como el gran pianista virtuoso que era –tal vez el mejor y el más famoso de su tiempo y posible inventor del “concierto o recital de piano”-, radicó casi todo el resto de su vida en Alemania, sobre todo en Weimar, a donde se retiró dando por terminada su carrera de concertista en pleno apogeo de su virtuosismo y de su fama. Sus últimos años fueron representados y dominados por su extrema profesión de la fe católica, que lo hizo cambiarse a vivir en Roma y unirse a la Orden Franciscana, recibiendo las llamadas “órdenes menores”, aunque nunca llegó a ser ordenado sacerdote. Liszt vino a morir nada menos que en Bayreuth, el “imperio” de Wagner, quien fue su yerno, pues su hija Cosima, casada con el gran pianista y director Hans von Bülow, abandonó a éste para ser la compañera, y hasta muchos años después, su esposa, de Richard Wagner.

Entre la numerosa obra que compuso para piano –instrumento del que fue un absoluto innovador y creador de repertorio- más allá de su trascendental Sonata y de incontables transcripciones y series y ciclos de piezas, tal vez la más popular y que primero viene a nuestra mente sean las 19 Rapsodias húngaras, piezas que, como sugiere su título son obras variadas en su contenido y desarrollos y en todas evoca y rinde nostálgico tributo a su tierra lejana húngara. De cualquier manera esta aseveración tiene sus reservas pues si bien todas las rapsodias mencionadas son de gran interés para los pianistas y amantes del piano por las innovaciones técnicas de

interpretación que aplicó en ellas, para el público más numeroso sólo una de ellas es no sólo muy popular, sino que contiene también uno de los temas más populares de toda la música (y si no, pregúntele a Bugs Bunny y a *Tom y Jerry* en algún momento en que detengan su acelerada persecución).

La mayor parte de los temas de estas rapsodias no son originales de Liszt, sino que proceden de danzas y canciones húngaras que Liszt transcribió y desarrolló dentro de cada pieza, aunque también algunas de ellas incluyó temas propios, escritos en el estilo característico del folclor de su patria. Las piezas no fueron inicialmente concebidas como un ciclo unitario sino que las fue componiendo aisladamente y por distintas motivaciones en dos periodos, de 1846 a 1853, las primeras 15 y de 1882 a 1885 las 4 restantes. Posiblemente estas piezas sean más populares por la orquestación que se realizó de 6 de ellas, de las que una vez más, la **Segunda Rapsodia en do sostenido menor** se convirtió en un inmediato triunfo musical.

El famoso flautista y compositor, **Franz Doppler** fue el encargado de orquestar seis de estas danzas, publicándolas con el número correlativo de su terminación, aunque dichos números no coinciden todos con su numeración cronológica de la pieza original. La **Rapsodia núm. 2** es una de las dos que coinciden en número ambas versiones. Para quienes tengan esa inquietud, repasemos esa correspondencia de rapsodias y así la Primera Rapsodia orquestal es la núm. 14 en su forma original para piano, la famosísima Segunda corresponde a la misma famosa Segunda en piano, la núm. 3 es la Sexta rapsodia, la 4 es la núm. 12, la 5 es también la núm. 5 pianística y la 6 orquestal es la núm. 9 en piano.

Esta vez olvidemos las caricaturas y disfrutemos esta obra en su magnífica belleza musical y rítmica y todo su esplendor su esplendor orquestal, como inicio de este gran programa que ofrece la OFUNAM, bajo la dirección de su excelente director huésped, DANIEL BOICO y con la participación del pianista GUSTAVO ROMERO. Como siempre en dos conciertos, el sábado 27 de febrero a las 20 horas y el domingo 28 a las 12:00 horas.